

EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

RELIGION, FAMILIA, PROPIEDAD

Y ÓRGANO DE

LOS CÍRCULOS CATÓLICOS DE OBREROS.

FUNDADOR Y DIRECTOR:

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,
Canónigo magistral.

CENSOR ECLESIASTICO:

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,
Canónigo penitenciario.

SECCION DOCTRINAL.

EL JUEGO.

Al ocuparnos del juego en el presente artículo no es nuestro ánimo hablar detalladamente de todos y cada uno de los que el vicio inventó, desde los que llaman de *entretenimiento* hasta los de *envite* y *azar*, incluso el de la *bolsa* en donde tantas fortunas se han improvisado á costa de la ruina y la miseria de multitud de familias. Tarea seria esta que nos suministrara abundante materia para escribir no solamente un artículo sino quizás un volúmen, y que nos llevaria á consideraciones muy altas y trascendentales. sacandonos de la esfera propia de este periódico. Limitemosnos, pues, á observaciones generales sobre el juego, y abandonemos el estenso campo

que con este motivo se presenta á nuestros ojos.

En todos tiempos ha existido el vicio; pero es evidente que hay en la historia de la humanidad épocas, como la actual, en que despertadas mil ambiciones, desarrollados el lujo y los placeres, avivado el fuego de la avaricia y muerto ó indiferente el espíritu religioso, se llega á crear una atmósfera corrompida, cargada solamente de los aires del interés, del egoismo, del lucro y la ganancia. Entónces el juego aparece en su mas alto grado, se estiende por todas las clases sociales, y surge, por ejemplo, una Doña Baldomera, que personifica el vicio en toda su horrible desnudez y necesidad. Por eso este hecho no debe pasar desapercibido á los ojos del filósofo, y ménos á los del legislador; y por eso los cristianos, que deben saber y practicar la ley evangélica, in-

curren en tremenda responsabilidad al entregarse al juego lo mismo en la taberna inculta que en el elegante y aristocrático casino.

La ociosidad es madre de todos los vicios; pero el juego es el resumen de todos los males, la síntesis de todos los extravíos que comete el hombre.

El jugador, á la manera de la mujer perdida que empieza por un desliz y acaba por caer en el fango de la degradación, comienza una vez á jugar por puro entretenimiento, despues se aficiona y sigue por vicio, y acaba últimamente por cometer toda clase de faltas, por ejecutar toda especie de actos criminales. Vedle: desde el momento que arroja sus monedas sobre la mesa, se establece una lucha muda, sí, pero desgarradora entre su alma y la de su contrario; y cuando viene su carta y con ella la ganancia, experimenta un placer tan intenso como odioso, semejante al del tigre al devorar su presa.

Suele decirse que el juego, acostumbrando al hombre á manejar cuantiosas sumas y á perderlas impasible, le inspira rasgos generosos y sentimientos desinteresados. ¡Mentira! El jugador es siempre egoísta y avaro: el mucho oro que rueda por sus manos incita su deseo á propor-

cion que aquel aumenta, y si agota en la pérdida su última moneda, aquella calma que se vé en su semblante es aparente, es la calma de la desesperación y de la furia reconcentradas.

¡Ay! El jugador es indiferente y escéptico. Insensible á todo, no ama mas que al vicio, ni cree en otro Dios que en la suerte. Si alguna vez aparece generoso, lo es por cálculo. Siembra para recoger. Si gasta mucho con sus amigos es para que ellos gasten doble con él; y si pierde una cuantiosa suma sin alterarse, luego escatima y riñe con su criado por una cuenta de dos pesetas ó ménos.

Y esto es así, porque el juego, padre de la avaricia, desatiende todas las necesidades, olvida todos los deberes y se impone todas las privaciones, ántes que distraer un céntimo de las cantidades que sin cesar devora.

Para el jugador no hay otra idea, otro móvil, otra pasión que el juego: él es su elemento, su vida; y como el oro le lleva á saciar su punzante anhelo, á toda costa quiere oro y á toda costa y sin reparar en los medios ha de adquirirlo. Si es hijo de familia, no le contiene la autoridad paterna; si es padre, no le retraen las caricias de su esposa ni los inocentes besos de sus hijos; y si

por desgracia es pobre, no le conmueven los gritos de su familia al pedirle pan. Embotada su alma, gastado y seco su corazón, tiene cerrada la puerta á todo sentimiento dulce y tranquilo, á todo afecto noble y generoso. Absorto en su vicio, se rebela contra toda idea grande y levantada, y sus manos, entorpecidas para el trabajo, no saben manejar otro instrumento que los náipes. ¡Desventurado! ¡Cuando jóven no se contuvo en su carrera de precipicios y hoy, ya al borde de la tumba, ni se espanta ni se arrepiente de su obra!

Si el jugador gana, el deseo de obtener otra ganancia le lleva al juego; y si pierde, el aguijón del desquite le precipita. Entónces su pasión se desborda como un torrente impetuoso, y contrae compromisos, agota todos los recursos, acude á los usureros, adquiere deudas que no puede satisfacer, y cuando ya se le cerraron todas las puertas, cuando perdió hasta la última alhaja, recuerdo tal vez de su anciana madre ó regalo de su tierna esposa, entónces ¡ay! se ciega de tal modo, que, á ser admitida su oferta, se jugaría su libertad y su vida.

El juego trae consecuencias amargas no solo para el jugador, sino también para su fa-

milia, para sus amigos y para todos los que le rodean, á quienes hace sentir el peso de sus extravíos.

Una vez lanzado el hombre en medio de ese vasto campo lleno de malezas, suele vérselo agoviado bajo el peso de infinitas deudas, perseguido por sus acreedores, tildado hasta por sus compañeros de vicio y rechazado por las gentes honradas. Entónces llega á aborrecerse y á maldecirse, concluye muchas veces por volverse loco, ó apela al suicidio como último recurso que ha de poner fin á todos sus males.

Pero es el juego tan degradante, que hasta hace del jugador un tahur y de éste un ladrón ó un asesino. ¡Cuántos jugadores no emplean la astucia y el engaño para ganar! ¡Cuántos otros no estudian y preparan los náipes con que han de estafar á los incautos! El tahur hace mil trampas, se confabula con otros, finge pagarés, suplanta firmas, falsifica billetes, sustrae fondos y recorriendo la escala del crimen, suele al fin caer en manos de la justicia y morir en un presidio.

Tal es el juego, y tales son sus horribles consecuencias. ¿Habrá quien escarmentado huya de este vicio? ¡Ojalá que esta mal escrita página produzca en todos los ánimos un efecto saludable; y ojalá

no se olvide que el juego es la fuente de muchos crímenes y desgracias.

Pedro de la Cuesta.

*
* *

DISCURSO-MEMORIA

leído en la apertura solemne del año literario de 1877 á 1878, en el Seminario Conciliar de San Pelagio mártir de esta ciudad, por el Dr. D. Antonio Soriano y Barragan, Pbro., Profesor de Teología dogmática en el mismo Seminario.

(*Conclusion.*)

Pero hallándonos, Señores, en una época eminentemente polémica, en una época en que se discute de todo lo que es discutible, y desgraciadamente de muchas cosas que no deben ni pueden someterse á discusión, necesario es que aquellos que un día han de ser centinelas avanzados del catolicismo y han de cumplir aquel precepto del Apóstol que nos manda *arguere, rogar, reprehender y amonestar in omni patientia et doctrina*, se encuentren instruidos y avezados, por medio de la práctica, en todo género de certámenes, para defender cual corresponde el tesoro de las verdades católicas; y á llenar esta necesidad de nuestros tiempos se dirigen, sin duda alguna, los artículos 7.º y 8.º del repetido programa de estudios.

En atención á lo que dispone el primero de los citados artículos, hánse verificado todos los juéves, en el pasado año literario, las aca-

demias llamadas escolásticas, bajo la presidencia y dirección del profesor á quien por turno correspondía; y allí, reunidos todos los alumnos de los cursos de Ampliación, Teología y Cánones, se han discutido en el hermoso idioma del Lacio, y en forma silogística primero y después en forma oratoria, las más trascendentales cuestiones de Filosofía, Teología y Derecho canónico, con lo cual hemos conseguido, además de la instrucción necesaria, que se despierte en los alumnos una emulación prudente y saludable en el estudio para conseguir el triunfo en esta clase de certámenes; que se cultive el habla ya desusada de la lengua latina, y que no se pierda la antigua forma dialéctica, relegada hoy casi exclusivamente á los ejercicios de oposición en la Iglesia. Paréceme que ofendería la reconocida ilustración de este auditorio, si me entendiese en otra clase de consideraciones para demostrar el interés que tienen las academias escolásticas.

Y ¿qué he de decir, Señores, de las academias de controversia católica, que se celebran los domingos por los catedráticos de este establecimiento con asistencia de los alumnos más arriba mencionados, que no sea pequeño para encomiar su importancia? Gráficamente ha dicho una persona para mí muy respetable «que las academias apologéticas del Seminario son una escuela práctica de profesores;» y

así es, en efecto, si hemos de juzgar por el ensayo que de ellas se ha hecho, por la importancia de las cuestiones que se han debatido, y por la profundidad y acierto con que han sido tratadas por mis distinguidos compañeros.

Háse demostrado en aquel brillante ateneo contra los naturalistas y racionalistas de todos matices la posibilidad y existencia del orden sobrenatural, por que así lo reclaman de consuno la naturaleza de los divinos atributos y la misma condicion del hombre, sea cualquiera el estado en que se le considere. Examinando la constitucion íntima de las dos potestades que tienen á su cargo la direccion del hombre hácia sus futuros destinos, aunque por medios bien diversos, un orador elocuente, que formó parte de este claustro respetable y que la muerte cruel arrebató de entre nosotros, hizo un brillante estudio en que probó con incontestables argumentos históricos, jurídicos y teológicos que la Iglesia y el Estado, en cumplimiento de sus altos fines, deben marchar en armonía mútua y perfecto acuerdo, si bien con sujecion del segundo á la primera en los asuntos espirituales.

En el solemne curso de aquellos solemnes debates se ha estudiado con detenimiento y escrupulosidad el darwinismo, esa doctrina cuya simple enunciacion degrada al hombre, y hemos hallado que, si se exceptúa Darwin, ningun hom-

bre ha podido ser mono, ni mono alguno puede llegar á ser hombre. La mágia antigua y el antiguo error de la trasmigracion de las almas, resucitados hoy con el pomposo nombre de espiritismo, ha sido convicto de necia superchería para seducir incautos. Hemos estudiado el panteismo en todas sus fases, desde la cinica sustancia de Espinosa hasta la teoría de lo infinito de Krausse, y demostrado quedó que aquella teoría es absurda por que envuelve contradiccion palmaria, impia por que se opone á la revelacion divina, y antisocial por que de consecuencia en consecuencia nos conduce como de la mano á la anarquía y á la destruccion de toda sociedad. Hemos hecho comparecer, en fin, á los racionalistas de todas las épocas, y se dejó consignado hasta la evidencia, que la razon débil, limitada y enferma del hombre, ni puede constituir la regla única de sus acciones, ni tampoco puede, sin el auxilio de la revelacion y de la fé, remontarse hasta el orden sobrenatural; y aun en el mismo orden natural le seria muy difícil sin ella, estender su poderoso vuelo en el vasto campo de la ciencia y de las verdades naturales.

Cuánto siento, Señores, que el tiempo de que puedo disponer y la índole de este discurso, cuyas condiciones están marcadas y de las que me he apartado algun tanto, no me permitan tratar con mayor estension algunos de los puntos

debatidos en nuestras academias apologéticas, y reproducir los argumentos presentados por mis queridos compañeros. Pero ya que esto no me sea lícito, séame permitido al ménos dejar consignado un hecho, que tiene íntimo enlace con una solemne cuestion de actualidad.

Háse pretendido demostrar en un libro recientemente publicado por Guillermo Draper, cuyo título es «Historia del conflicto entre la religion y la ciencia,» que ésta y aquella son incompatibles; ó lo que es igual, que si queremos ser hombres de ciencia es absolutamente indispensable que abandonemos toda religion positiva, especialmente la religion Católica, que es á la que el profesor americano dirige sus envenenados tiros.

No es mi ánimo hacer aquí una refutacion, siquiera sea concisa y breve, del error de Guillermo Draper; porque esta refutacion está hecha, hace ya muchos siglos, por el Angel de las escuelas, Santo Tomás de Aquino, cuando demostró la gran armonía que entre la ciencia y la religion existe, y volverá indudablemente á hacerse por otras plumas mejor cortadas que la mia, con motivo del certámen anunciado con aquel noble y exclusivo objeto; mas sí quiero hacer constar que los profesores del Seminario, en cumplimiento de su honrosa y sagrada mision, han recorrido el vasto campo de la filosofia y la teologia dogmática, de la

ética y la teologia moral, de la geografia y la historia sagrada y profana, de la química y la fisica, de la historia natural y la geología; han estudiado, en fin, todos los conocimientos que constituyen el objeto del saber humano y, francamente, no hemos tropezado con el decantado conflicto que nos denuncia el profesor de Nueva-York.

Tal vez se nos dirá, y con sobrada razon por lo que á mi toca, que nosotros somos débiles pigmeos en el templo de la ciencia, cuyas profundidades aun no hemos podido penetrar. Pero, Señores, en asunto de tal importancia no hemos de fiar en nuestro propio criterio, sino que debemos apelar al irrecusable testimonio de aquellos gé-nios que forman en primera línea entre los grandes hombres, y que no solo marcharon al frente de las eminencias de su siglo, sino que simbolizan el saber de toda una época, sin que jamás se les ocurriese que hubiera conflicto entre la religion y la ciencia.

No eran pigmeos, en verdad, sino gigantes y gigantes de gran talla, San Atanasio, San Agustin y San Juan Crisóstomo; no eran pigmeos San Gregorio el Grande, Santo Tomás y San Bernardo; no eran pigmeos nuestros teólogos del siglo XVI, esa pléyade casi innumerable de sabios, formados al benéfico calor de las órdenes monásticas; no eran pigmeos Petavio, Suarez y Belarmino; ni tampoco han sido pigmeos, en nuestro mis-

mo siglo, Balmes, Augusto Nicolás y Fr. Zeferino Gonzalez; y todos estos hombres ilustres, que han penetrado hasta las entrañas de la ciencia, que han sorprendido los secretos de la naturaleza y, semejantes al águila, han remontado el vuelo de su entendimiento hasta donde es posible llegar en el estudio de la religion y sus dogmas, todos ellos de consuno nos dicen que léjos de existir conflictos é incompatibilidad entre la religion y la ciencia, hay y existen entre ambas perfectas y bellísimas armonías: porque la verdad no puede ser antitética, no puede hallarse en contradiccion consigo misma. Y como quiera que la ciencia es el conocimiento de la verdad, deducido de los primeros principios por medio del racionio, y como quiera que Dios verdad absoluta es el autor de esos primeros principios, como lo es tambien de la religion, que tiene por objeto unir á la criatura con su Criador; resulta de aquí que la religion y la ciencia se unen, se estrechan y enlazan admirablemente, como se unen, estrechan y enlazan la causa y el efecto, el principio y sus consecuencias.

He concluido, Señores: Mero cronista de los progresos y adelantos del Seminario, os he presentado el cuadro verídico y exacto, si bien desaliñado é incorrecto, de los que durante el último curso académico se han realizado en esta ilustre Casa, con la valiosa proteccion del

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis, cuyo ardiente celo por todo aquello que tiende á engrandecer la ciencia y perfeccionar la enseñanza está suficientemente probado, y bajo la direccion inmediata del que fué digno Rector de ella, Dr. D. José P. Pozuelo, hoy Obispo de Antipatris. Si mas no se ha hecho atribúyase, no á mala voluntad, sino á falta de recursos; pues el Seminario solo cuenta con los ingresos por razon de enseñanza y con una modesta asignacion que tiene señalada en los presupuestos del Estado y que desgraciadamente se paga con algunas intermitencias. Esta escasez no ha impedido, sin embargo, que se hayan hecho en el pasado año literario algunas adquisiciones para los gabinetes de Física é Historia natural, tales como un Manómetro de Bourdon, una máquina eléctrica, otra de vapor con su caldera, un termómetro diferencial de Leislic, otro Rumfort, y sesenta aves, treinta peces y cuatro mamíferos. Tambien se ha adquirido una hermosa coleccion de figuras para dibujo; se ha premiado con dos becas y dos medias becas la aplicacion sobresaliente de otros tantos alumnos internos, y se ha concedido, por la misma razon, dispensa de la mitad de los derechos de matrícula y honorarios de enseñanza á tres colegiales externos.

Ya veis que, dados estos antecedentes, ni se ha desperdiciado el

tiempo, ni se ha omitido medio para colocar al Seminario á la altura que merece por su noble objeto y por lo que reclama su esclarecida historia.

Ahora bien, seminaristas: ya veis los grandes sacrificios que en vuestro obsequio se han hecho por vuestro Prelado y vuestros superiores; ya sabeis tambien que todos estos sacrificios, todos estos esfuerzos, no tienen mas fin, despues de la gloria de Dios, que vuestra propia utilidad y el engrandecimiento de vuestras facultades por medio de la ciencia, que eleva el entendimiento, y por medio de la virtud que con la gracia santifica el alma. Ahí teneis, pues, la ciencia y el camino de la virtud: abrazad esos objetos tan queridos y contad desde luego como premio con el amor de vuestro Prelado y el de vuestros catedráticos.

Queridos comprofesores: Hoy empezamos nuestras tareas. Nuestras conciencias y nuestro Prelado piden que, á imitacion de la Iglesia desde su misma cuna, trabajemos cuanto nos sea posible con la palabra y con el ejemplo para que nuestros discípulos no solo aprendan la ciencia, sino que tambien brillen por su modestia y por todo género de virtudes.

Ojalá, Señores, que la enseñanza fundada y establecida en este Seminario por un dignísimo predecesor de nuestro Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, con arreglo á la mente del Concilio de Trento, y conti-

nuada en progresivo desarrollo en los tiempos posteriores, alcance durante el pontificado de S. E. I., con el poderoso auxilio que él le presta, todo el esplendor que desean los amantes de la ciencia, y anhelamos los hijos de esta insigne Casa para mayor honra y gloria de Dios, para bien de la Iglesia y provecho de la juventud estudiosa.

He dicho.

*
* *

EXTRAVAGANCIAS ESPIRITISTAS.

La siguiente relacion demuestra hasta qué extremo conducen á la razon humana las doctrinas espiritistas.

Una estrecha amistad habia íntimamente unido con lazos de oro los corazones de F. y L., ricos propietarios, formando su felicidad. Pero ¡ay! que no existe gusto cumplido en este lugar de destierro! Un exceso del segundo en la bebida, privó al otro, por un ataque cerebral, del objeto de su cariño.

Solo la Iglesia católica posee el secreto de cicatrizar las heridas causadas en el corazon humano por las grandes pérdidas: así es que no ha de extrañar que los que no pertenecen á ella se entreguen á las mas ridículas extravagancias cuando en estas esperan encontrar ó el remedio, ó

á lo ménos el alivio de sus desgracias. Esto cabalmente sucedió con F... Defensor acérrimo y entusiasta del espiritismo, no bien falleció su amigo, se dirigió en el colmo de su dolor á un médium conocido suyo, suplicándole estableciese las comunicaciones de ultratumba con su amigo, mediante la evocacion del espíritu de éste. Merece que digamos parte de esta conversacion, que nos enseñará algunos puntos de la doctrina espiritista.

—Caballero, dijo el médium, oida la relacion y súplica de F... y despues de un rato de silencio, me es completamente imposible satisfacer los deseos que me manifiesta V.: el poder de los médiums sólo alcanza á la evocacion de los espíritus que pertenecen á la categoría de l'bres. Empero hay otra clase á que corresponden los que, como el de su amigo de V., salen del cuerpo con una culpa: estos, para volver á su antigua clase, han de expiar dicha culpa mediante la animacion de cuerpos pertenecientes á seres de un órden inferior, y mientras cumplen esta condena están fuera de la accion de los médiums.

Un rayo que hubiera caido junto á él, no hubiera causado á F... mayor estupor que el producido por las anteriores palabras del

médium. Repuesto un poco de su admiracion

—Entónces, dijo F..., indíqueme qué le parece que haga en alivio de mi pobre amigo.

—Debiendo animar en pena de su culpa (contestó el espiritista,) el cuerpo de un animal, sólo puede V. evitarle las sensaciones dolorosas y proporcionarle las agradables que le parezcan, pues en ello agradará V. á su amigo. Sin duda quiere V. saber en qué lugar, ó á lo ménos en qué especie de seres podrá hallarlo: ni á una ni á otra pregunta puede darse respuesta satisfactoria. Solo, sí, acerca de la segunda, diré que la experiencia enseña que los espíritus, para cumplir su condena, suelen ordinariamente elegir aquella especie de seres á la que en vida han demostrado aficion particular.—

Aún continuó por un rato la conversacion. Salió por fin F... de aquella casa, no sin dejar una buena cantidad en muestra de agradecimiento; y montando en el coche que le esperaba, se dirigió al punto al mercado de la ciudad. Habia meditado las palabras del médium, y confiaba hallar en dicho lugar la *envoltura* ó nuevo cuerpo de su amigo. Una duda solo le atormentaba: Su amigo, rico propietario, habia tenido, por decirlo así, dividido su

cariño á los animales entre los de la raza canina y los de cerda. ¿En cuál de estas dos especies lo hallaría?... Habiendo penetrado en el mercado, salió bien pronto de tal incertidumbre (ó al ménos se lo pareció) al escuchar la triste voz de su amigo que le llamaba á gritos. Corre presuroso hácia el lugar de donde salian aquellos gemidos, que era un puesto de venta de cerdos: el que de tal modo se quejaba era un cochinito de leche.

Son imponderables los excesos de alegría que hizo nuestro buen hombre al encontrar tan pronto lo que tanto deseaba: á fuerza de ruegos, súplicas y un puñado de oro, consiguió hacerse con él. Inmediatamente fué conducido al coche, y en él á casa, donde mandó su dueño lavar lo cuidadosamente con aguas olorosas y prepararle un gabinete próximo al suyo: entablaba con él largas conversaciones, en la creencia de que, aunque no podia responder, le oia y comprendia perfectamente; y omitiendo muchos otros detalles, la ciudad donde residia le vió durante algun tiempo pasear en coche con su *amigo* junto á sí...

Nada queremos añadir á las precedentes líneas, dejando al criterio de los lectores el calificar semejantes doctrinas, que, aparte de sus errores, conducen *lógica-*

mente á tal punto y hechos parecidos (*) á hombres por otra parte formales.—I.

(*Revista Popular.*)

(*) Como instituir por heredero universal al perrito, fundar un hospital para cuando envejezca su caballo, y otros casos de que nos dan cuenta los periódicos.

SECCION LITERARIA.

DE OMNI RE SCIBILI. (1)

Todo lo sé: del mundo los arcanos
ya no son para mí
lo que llama misterios sobrehumanos
el vulgo baladí.
Sé que soy un mamífero bimanio,
que no es poco saber;
y sé lo que es el átomo, ese arcano
del sér y del no sér.
Sé que el rubor que enciende las facciones
es sangre arterial;
que las lágrimas son las secreciones
del jugo lacrimal;
Que la virtud que bien al hombre inclina
y el vicio, sólo son
compuestos de fibrina y albumina
en justa proporción;
Que el génio no es de Dios sagrado emblema
no, señores, no tal:
el génio es un producto del sistema
nervioso cerebral;
Y sus creaciones de sin par belleza
sólo están en razon
del fósforo que encierra su cabeza,
no de su inspiracion.
Amor, deseo, bien indefinido,
sentimiento, placer,

(1) Hace años que nos dieron copia de esta composicion de un poeta vallisolesano, cuyo nombre no recordamos. Como es la expresion del sistema filosófico mas de moda, aunque satirizándole, y no la hemos visto publicada en ninguna parte, nuestros lectores la verán con gusto y el autor nos dispensará su publicacion.—Nota de LA ILUSTRACION CATÓLICA.

palabrotas vacías de sentido
 y sin razón de ser.
 Gozar es tener siempre electrizada
 la médula espinal,
 y en sí el placer es nada, ó casi nada,
 un óxido, una sal.
 ¡Y aún diran que la ciencia es muy prosáica!
 ¿Hay nada, vive Dios,
 bello como la fórmula algebráica
 $C = \pi R^2$? (1)

DOCUMENTOS IMPORTANTES.

ACADEMIA

CIENTÍFICO-LITERARIA DE LA JUVENTUD CATÓLICA DE CÓRDOBA.

Programa de premios para un certámen que celebrará esta sociedad el día 9 de Diciembre de 1877.

Para dar realce y esplendor á la sesión extraordinaria con que, en el día 9 de Diciembre del presente año, se propone la JUVENTUD CATÓLICA DE CÓRDOBA solemnizar la fiesta del augusto misterio de la *Inmaculada Concepcion de MARIA Santísima*, su patrona, invita á los poetas y literatos españoles á un concurso de premios, los cuales se adjudicarán en sesión solemne á los autores de las composiciones presentadas, que á juicio de un jurado de personas competentes sean merecedores de tal distincion.

Los premios dispuestos son los siguientes:

Una medalla de plata, diploma de sócio de mérito y veinte ejemplares de una edicion que despues

(1) Esta fórmula se lee: CE IGUAL Á PIERRE DOS, y así forma el verso.

se publicará de los escritos laureados.—Premio de la JUVENTUD CATÓLICA al autor del mejor canto épico en que «haciendo resaltar las glorias de Maria en su Concepcion sin mancha, se exponga juntamente la devocion y entusiasmo del pueblo español en orden á tan inefable misterio.»

Una pluma de plata,—premio ofrecido por el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de la Diócesis—y veinte ejemplares de la edicion académica, al autor del mejor trabajo en prosa en que se refuten científicamente, pero con lenguaje sencillo y al alcance del pueblo y en forma que sirva para un folleto de propaganda, los principales errores del *racionalismo*.

Una caléndula de oro—Premio señalado por la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes—para un opúsculo sobre la influencia del reinado de Fernando é Isabel la Católica en el desarrollo científico, literario y artístico de España. *Accésit* al mismo asunto: mencion honorifica en las actas de la Academia. El autor del escrito premiado tendrá derecho á veinte ejemplares de la edicion que se haga de los escritos laureados.

Una azucena de plata—Premio del Excmo. señor conde viudo de Torres-Cabrera—y otros veinte ejemplares al autor de la mejor oda á *La Caridad*.

Una medalla de plata, diploma de sócio de mérito y veinte ejemplares de la edicion académica—

Premio de la JUVENTUD CATÓLICA— al autor del mejor escrito en prosa y en forma que pueda también servir para un pequeño folleto de propaganda, probando que «Todas las ciencias y bellas artes reciben un grande auxilio é impulso de parte de la Iglesia Católica.»

Las composiciones que se aproximen en mérito á las premiadas, recibirán, á juicio del jurado, un *accèsit* que consistirá en la proclamación del nombre del autor y doce ejemplares de la mencionada edición en que será incluida su obra.

Deberán ser las composiciones completamente inéditas y originales, dirigiéndose al infrascrito secretario—calle de Azonáicas, número 12—antes del día veinte y ocho de Noviembre. No han de llevar firma de sus autores, y el nombre de los mismos constará en un pliego cerrado, en cuyo sobre haya un lema igual al que tenga la composición. Los pliegos de las que resulten premiadas se abrirán en la anunciada sesión pública, y en la misma se quemarán intactas las carpetas que contengan el nombre de los autores de las no premiadas.

Oportunamente se publicarán los lemas de las obras que el jurado calificador señale como dignas de premio.

Córdoba 1.º de Octubre de 1877.
—El presidente, *Nicasio de la Helguera y Montoro*.—El secretario, *Evaristo Melendez y Alarcon*.

SECCION DE VARIETADES.

DEUDAS DEL CORAZON.

(Conclusion.)

CAPÍTULO V.

Han pasado muchos años, y si nuestros lectores quieren saber el fin de este relato, es preciso que nos acompañen á una modesta casa, en cuya triste alcoba una mujer envejecida por la enfermedad mas que por la mano del tiempo, y mostrando en su ajado semblante los restos de una dulce y perfecta belleza, ve llegar la hora suprema en que el alma, rompiendo la frágil cárcel en que habitara durante su peregrinación en el mundo, vuela á los piés de su Hacedor para buscar allí la recompensa ó el castigo de sus virtudes ó sus culpas.

Una jóven, casi una niña, conteniendo con dificultad el llanto que sube de su corazón á sus hermosos ojos, vela á su lado y la prodiga los cuidados mas tiernos entre las mas dulces caricias.

—Siéntate á mi lado, exclamó la moribunda, siéntate á mi lado, hija mia; acaso me quedan muy pocas horas de poder verte, y quiero en ellas contemplarte mucho, para que cuando mis ojos se cierren á la luz del día conserven aun tu imágen en la noche de mi tumba.

—¡Oh! madre mia, no habéis de ese modo: Dios tendrá piedad de mí y os devolverá la salud y os conservará la vida. ¿Qué sería de vuestra pobre hija si la faltais ahora?

—Dios es el padre de las desgraciadas, Angela, dijo la enferma con voz solemne. Cuando una mujer que tiene hijos deja la vida, la Virgen Maria que recuerda sin cesar las postreras palabras que la dirigió Jesus en el Calvario: «Mujer, vé aquí á tu hijo,» tiende su manto sobre el pobre huérfano, y le dice con su divino acento: «Vé aquí á tu madre.» Ya ves, hija mia, que no te quedas sola, que solo cambias

de protectora y que ganas mucho en el cambio.

Angela por toda respuesta inclinó sobre el pecho su preciosa frente y dejó correr sus lágrimas.

—¡Oh ten valor! murmuró despues de una pausa la infeliz moribunda: ten valor y no llores así, cada una de tus lágrimas es una espina para mi corazon.

—¡Y solas! exclamó la desolada niña con voz angustiada, ¡solas...!

—Hija mia, la desgracia es mala compañera, todos huyen de ella temiendo contaminarse con su aliento, y nosotras hemos sido muy desgraciadas.

—¡Ah! sí.

—Si hace quince años, la muerte hubiera tocado mi frente, mi lecho se hubiera visto rodeado de amigos, de parientes; todos te hubieran cercado, todos te hubieran ofrecido su apoyo y procurado darte consuelo; hoy, Angela mia, solo en Dios lo encontrarás.

—¡Dios mio! dijo la jóven con ese acento que sale del corazon y que es mas elocuente que la mas sentida plegaria, ¡Dios mio!

—En su mano tiene la paz y la alegría, la esperanza y la calma, ¡llámale, hija mia, que no te abandonará!

En aquel momento un golpe dado con precaucion á la puerta sacó á aquellas dos mujeres de sus tristes pensamientos.

—¿Quién será? exclamó Angela con sobresalto.

—Acaso el sacerdote que he mandado llamar. El solo puede ser. La religion nunca cierra sus puertas al que la busca, y acude junto al pobre con igual amor que junto al rico; vé á abrir, hija mia, vé á abrir.

Angela se levantó, dió algunos pasos por la estancia y desapareció un momento tras la puerta de la alcoba.

Entonces su madre, aprovechando aquel instante de soledad:

—Virgen Maria, dijo, amparad á esta pobre niña, pues á pesar de las esperan-

zas que la doy, tiemblo por su suerte y me aterra su porvenir.

En aquel instante la puerta se abrió de nuevo y la jóven apareció en ella precediendo al ministro de Dios.

El recién llegado era jóven, contaria apenas veinte y seis años; pero en su noble fisonomía, dulce y grave á la par, se veian escritas con poderosos rasgos la mas intachable virtud y el génio mas brillante.

En su ancha frente se reflejaba el talento, en su apacible sonrisa la dulzura y la paz de su alma pura, en sus elocuentes ojos la santa llama de la fé y la caridad, hermanas inseparables de la esperanza divina.

Se acercó lentamente al lecho de la enferma y bendijo su frente con un ademán sencillo y solemne. Despues exclamó:

—He sido llamado, señora....

—Si, para sostener mi fé, para ayudarme á arribar á la presencia de Dios.

El eco de aquella voz hizo estremecer al sacerdote, vibrando sin saber por qué en el fondo de su alma como un recuerdo lejano.

Pero estaba tan distante la brillantez de aquel recuerdo con la realidad presente, que no pudieron hermanarse en la mente del sacerdote.

—Quereis oír mi confesion, ¿no es cierto?

—Señora, á eso he venido. Encargado por la Providencia de velar por un corto rebaño de almas, jamás olvido mi difícil mision, amo á mis feligreses como á hijos, y solo extraño no haberos hasta ahora conocido en ellos.

—Hace muy pocos dias que habitamos esta morada, y sin embargo he oido ya hablar de vos como del más virtuoso de los párrocos; por eso he querido veros, porque...

Aquella mujer iba á decir sin duda que se sentia morir; pero recordó que su hija la escuchaba, y la palabra espiró en sus labios.

Entónces el sacerdote comprendiéndolo

todo se acercó á la jóven y la dijo con dulzura.

—Dejadnos solos, hija mia.

La niña obedeció trémula y angustiada.

Cuando el ministro del Señor y la moribunda solo tuvieron á Dios por testigo de lo que iba la una á decir y el otro á perdonar, la confesion de la vida de aquella mujer brotó de sus labios llena de humildad, de arrepentimiento y fé.

Ninguna falta grave, sin embargo, manchaba aquel alma fervorosa y buena, que en los dias de la prosperidad habia derramado en torno suyo los beneficios, haciendo de sus riquezas uso agradable á Dios, y que, al llegar el dia de la pobreza, habia dicho llena de resignacion:

—«Aquí está la esclava del Señor, cúmplase en mí segun su palabra.»

El sacerdote la habia escuchado conmovido; durante su narracion mil diferentes afectos habian combatido su alma, y al terminar de oirla, exclamó:

—¿Con que habeis ocupado una posicion brillante en el mundo?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha motivado vuestra actual miseria?

—Los bienes mundanos Dios les quita con la misma facilidad que los otorga, bien lo sabeis. Yo era viuda y vivia con mi buen padre que gozaba de una considerable fortuna. Mas uno de sus amigos quiso ponerse al frente de una empresa en la cual se jugaban muchos millones. Necesitaba un fiador, y rogó á mi padre que lo fuera. El buen anciano era honrado y creia en la honradez de los demás, no teniendo por consiguiente el menor recelo en garantizar con sus bienes la futura conducta de aquel hombre; pero el desgraciado, inspirado sin duda por el génio del mal, huyó á los pocos dias, llevándose consigo cuanto se le habia confiado.

—¡Ah! ¿entonces...?

—Entonces mi padre se vió destituido de cuanto poseia, hasta fué arrojado de su propia casa para satisfacer las enormes

deudas que, al responder de aquel hombre, habia contraido.

—¿Y despues?

—El infeliz anciano acostumbrado desde la infancia al lujo y á las comedidades, no pudo soportar su desgracia y murió en mis brazos, dejándonos abandonadas á mi hija y á mí, sin recursos y sin esperanzas. Así hemos pasado muchos años, viviendo casi de nuestro trabajo, hasta que hoy... hoy conozco que voy á pagar el tributo impuesto al hombre por su primer pecado. Creo, padre mio, que mi alma, desterrada algun tiempo en este mundo, vá á arribar al hogar de su padre, vá á volver al seno del Criador.

El sacerdote estaba profundamente conmovido, queria hablar, queria siu duda decir alguna cosa á aquella mujer; pero ante todo queria cumplir hasta el fin su santa mision de sacerdote.

—¿Guardais algun rencor al que ha causado vuestra desgracia? preguntó.

—No señor; Dios le perdone como yo lo hago.

—¿Conservais en vuestro corazon algun recuerdo, algun afecto terreno?

—Soy católica, y en tan solemne momento solo quisiera pensar en Dios; pero soy madre y dejo en el mundo una hija desamparada...

Una lágrima sola empañó la mirada del ministro del Señor.

—Hija mia, dijo, apoyando su mano sobre aquella pálida frente; recibid mi bendicion como cristiana: ahora oidme como mujer; mas ántes, para disipar un resto de duda que aun surge en mi mente, tened á bien decirme vuestro nombre.

—Con las sagradas aguas del bautismo recibí el nombre de Maria de los Dolores; en la sociedad me llaman la señora Bourt.

—¡Oh! No me habia equivocado, exclamó el sacerdote juntando las manos [con fervor. Gracias, Señor, pues vais á cumplir el deseo mas ferviente de toda mi vida.

—¿Cómo?

—Señora, miradme bien: ¿no me conocéis?

—No adivino?...

—¿No recordais un pobre niño que se iba á ver imposibilitado de seguir sus estudios, porque sus piés estaban descalzos, su cuerpo desnudo en términos de no poder asistir á las clases donde recibia la instruccion?

—¿Y vos...?

—¿No recordais una pobre mujer que os bendijo con toda su alma porque habiais cubierto las carnes de su hijo, porque le habiais librado acaso de morir helado, y porque ibais á influir por este medio en su porvenir?

—Yo no sé.... no comprendo....

—¡Ay! Señora: aquella mujer era mi madre!

—¿Luego vos sois...?

—El pobre Andrés, el niño escolapio, que os debe cuanto es, y sobre todo ver dichosa y cómoda la vejez de mis padres.

—¡Ah! ya os conozco, sí, ya os conozco. Pero....

—Seguí mis estudios en aquella santa casa: ayudado por Dios y por mis maestros me distinguí mas cada año; mis exámenes fueron brillantes: conseguí la dignidad mas alta que un hombre puede soñar, ¡tuve á Dios en mis manos! Sin merecerlo, sin esperarlo fuí distinguido por todos y nombrado al cabo párroco en esta ciudad, donde disfruto una posicion envidiable y una regular fortuna.

—¡Ah!

—Todo lo debo á vos, señora, y como Dios jamás deja sin premio una buena accion, todo os lo voy á pagar ahora.

—¿Qué decís?

—Que podeis morir tranquila, que la suerte de vuestra hija queda fijada de hoy en adelante, que yo seré su padre, y mi madre la suya, creyéndonos muy dichosos en amparar á la hija de nuestra bienhechora. ¿Aceptais?

—¡Con toda mi alma! Creo firmemente que Dios os ha enviado en mi ayuda, pues

en el momento que entrábais le pedia un salvador para Angela.

—Sí, él fué quien me mandó á vuestro lado; él quien os dice por mi boca: «Si lloras, alma pura, serás consolada; nada temas, yo soy tu amparo y velo por tí; porque tuve hambre y me diste de comer; porque estaba desnudo y me vestiste.»

Algunos dias despues ei cadáver de Madama Latour de Bourt volvia á la tierra de que con un soplo de Dios habia sido formado.

En su angelical semblante, bello aun despues de la muerte, se retrataba la profunda paz con que su alma habia subido á los cielos.

La dulce madre habia muerto tranquila, pues dejaba á Angela entre unos protectores tiernos y bondadosos que jamás la abandonarían.

Y así fué en efecto. Maria, el anciano paralítico y sobre todo el virtuoso y noble Andrés cercaron de cuidados la existencia de aquella niña, que halló á su lado el amor y la fortuna que habia perdido, y ellos se consideraban felices al poder pagarla de este modo la *deuda de su corazon*.

BOLETIN

DE LOS

Círculos Católicos de Obreros.

CIRCULO DE CABEZA DEL BUEY.

Breve reseña de las tres conferencias celebradas en el mes anterior.

Despues de la solemne inauguracion de este Círculo celebrada el dia 5 de Agosto último y de la que ya dimos cuenta en otro número, al siguiente domingo ó sea el 12, deseosos todos de volver á reunirse en un rato de honesta é instructiva recreacion, llegada la hora de costumbre tomó la palabra el entendido jurisconsulto D. Pedro de la Cuesta, y con un lenguaje elegante al par que claro é inteligible, se ocupó en el exámen del llamado «espíritu

moderno» probando que este no es otro que el espíritu del mal, que se manifiesta en lo que piensan, en lo que aman y en lo que obran los hombres que se hallan al frente ó que siguen la moderna civilización.

En la noche del 19 pronunció un bello discurso el Pbro. D. Federico Simancas, en el que hizo ver la falta en las familias de costumbres cristianas y la necesidad de ellas como medio de regeneración del individuo y de la sociedad. Acto seguido, y á petición de varios sócios, habló el citado Sr. Cuesta, quien con su acostumbrada elocuencia probó la verdad del Génesis en el relato de la creación, y la falsedad de las doctrinas materialistas, en especial la darwiniana.

La sesión del día 26 se hizo notable, porque en ella usó de la palabra por primera vez el jóven médico D. Rafael Riera, manifestando con brillantez suma los perniciosos efectos de la embriaguez, tanto en lo físico como en lo moral. Luego que concluyó, fué leído un suelto de EL AMIGO CATÓLICO referente á este círculo, y una poesía del Sr. Cuesta titulada, *A mi patria, en la ausencia*.

*
* *

CÍRCULO CATÓLICO DE OBREROS DE CÓRDOBA.

—
Cuadro de los señores sócios protectores que espontánea y generosamente se han ofrecido á desempeñar cátedras semanales gratuitas para la debida enseñanza de los obreros, y de las asignaturas que han de explicarse:

D. José de Luque y Córdoba, profesor de instrucción primaria, Lectura y Escritura.—D. Pablo Antonio Fernández de Molina, Preceptor de Latinidad y Humanidades, Gramática Castellana y Ortografía.—D. José Moreno Estevez, Pbro. y Consultor del Círculo, Religión y Moral.—D. Angel Maria Castiñeira, Doctor en de-

recho Civil y Canónico, Nociones de Aritmética y Geometría.—D. Manuel Baquerizo y Barranco, Licenciado en derecho Civil y Canónico, Geografía.—D. Miguel Pozanco, Licenciado en derecho Civil y Canónico, Historia Universal.—D. Francisco Nicasio de la Helguera, Licenciado en derecho Civil y Canónico, Historia Sagrada y particular de España.—D. Rafael de Luque y Lubian, Arquitecto, Gnomónica ó arte de trazar los cuadrantes solares.

— La matrícula queda abierta en el salón de este Círculo desde el 15 del corriente, y la apertura del curso tendrá lugar el domingo 7 de Octubre próximo.

Córdoba 12 de Setiembre de 1877.—El Presidente, *Antonio de Luque*.—El Secretario, *Luis Casas*.

Resumen de las materias que contiene este número:

SECCION DOCTRINAL.—*El juego*, por don Pedro de la Cuesta.—*Memoria leída en la inauguración del curso de 1877-78 en el Seminario de San Pelagio*, conclusion, por Don Antonio Soriano Barragan.—*Extravagancias espiritistas*, por I.—SECCION LITERARIA.—*De omni re scibili*, poesía.—DOCUMENTOS IMPORTANTES.—*Programa de premios para un certámen que celebrará La Juventud católica de Córdoba el 9 de Diciembre de 1877*.—SECCION DE VARIEDADES.—*Deudas del corazón*, conclusion.—BOLETIN DE LOS CÍRCULOS CATÓLICOS.—*Reseña de sesiones del círculo de Cabeza del Buey*,—*Cuadro de profesores en el de Córdoba*.

CÓRDOBA: 1877.

—
Est. tip. LA ACTIVIDAD,
Liceo, 41.